

## LOS JESUÍTAS

---

La cuestión que se involucra en el epígrafe de este artículo, está a la orden del día. Mañana y tarde los diarios, *La Tribuna* y *Nacional* se ocupan de ella. Teníamos entendido que la misión del periodismo era la ilustración del público mediante el esclarecimiento de las cuestiones sometidas a su juicio, pero, si debiéramos juzgar por lo que sucede con los citados diarios en la cuestión concreta de que estamos tratando, habríamos de rectificar nuestro modo de pensar y confesar paladinamente nuestro error. Nunca a más enconada pasión hemos visto unida mayor pobreza de razones y más supina ignorancia. Es imposible contender con esos colegas en el terreno de la razón serena e imparcial: las pasiones no razonan. Además ellos ¡cobardes, como buenos liberales! rehuyen el combate: a las razones, es más, a los hechos que les citamos en contra de sus disparatados asertos contestan con la elocuente respuesta del silencio. Pero esto no obsta para que *erre que erre* sigan adelante en su empresa de difamación, empresa por cierto muy digna de tal gente. Ellos seguirán su camino, pero nosotros hemos formado firme propósito de salirles al encuentro; y a fe que toda la negra rabia volteriana de que rebosan sus pechos será impotente para oscurecer el brillo de la verdad.

A usted nos dirigimos, señor *Nacional*.

El sábado ha publicado usted un artículo sobre los Jesuítas bien repleto de falsedad y calumnia, en el cual se descuellan las siguientes aseveraciones: 1.<sup>a</sup> «Se trata del restablecimiento entre nosotros de los Jesuítas como orden regular: 2.<sup>a</sup> Los Jesuítas encendían las hogueras de la Inquisición en España: 3.<sup>a</sup> Rivadavia expulsó a los Jesuítas de la República Argentina: 4.<sup>a</sup> La Orden de los Jesuítas es una orden maldecida, casta maldita...» Este es el esqueleto de su artículo. Ahora bien, señor *Nacional*, aguce su oído y escuche unas palabras. *Asserentis est probare*, dice un axioma de las escuelas. ¿Será usted capaz de probar uno, uno solo de sus asertos? Lo retamos a que lo haga. Quedamos esperando; pero antes queremos advertirle una cosa sobre la cuarta proposición, y es que todo el mundo, no aduzca, como su amiga *La Tribuna*—¡qué hábil es *La Tribuna*!—no aduzca, decimos, el testimonio de *Diderot*, porque... esto pasa de castaño oscuro.

Mientras tanto le vamos a decir lo siguiente: no se trata del establecimiento entre nosotros de los Jesuitas como orden regular y por consiguiente su primera proposición es completamente falsa: los Jesuitas no encendían las hogueras de la Inquisición, porque jamás miembro alguno de la Compañía de Jesús formó parte del Tribunal de la Inquisición; por lo tanto su segunda aseveración es tan verdadera como la primera: Rivadavia no expulsó a los Jesuitas, porque durante su gobierno no existían Jesuitas en la República Argentina. y usted, al asegurar lo contrario manifiesta crasísima ignorancia: la Orden de los Jesuitas es, no maldecida, sino muy bendecida, muy apreciada, y escuche las pruebas.

Muy conformes con usted en que la cuestión tiene la sanción secular, pero muy disconformes con usted en que esa sanción sea adversa a los Jesuitas: esa sanción favorabilísima para ellos ha sido dada, no por charlatanes, sino por hombres grandes, por hombres muy distinguidos, gloria de su siglo por su ilustración, por su saber, por la rectitud de sus juicios; Balmes y Donoso Cortés en España; Veuillot y Augusto Nicolas en Francia; Newman y Manning en Inglaterra; Hurter y Philipps en Alemania; Della Margheritta y Margotti en Italia, la mayor parte de los cuales viven aún. Pero como usted, señor *Nacional*, tal vez no los conozca, no queremos enjaretarle una andanada de textos de esos escritores, y somos gustosos en poder facilitarle algunos otros de gente muy conocida por usted, como que son de casa.

Usted conocerá a los señores don Bernardino y Joaquín Rivadavia, hijos de ese señor, a quien usted llama «el espíritu más vasto, el alma más bien templada que haya venido a la vida en el suelo argentino»: pregunte, pues a dichos señores, dónde los hizo educar su señor padre don Bernardino Rivadavia y ellos le contestarán que, no habiendo entonces Jesuitas en Buenos Aires, los envió a un colegio de Jesuitas en Europa. Conocerá al señor don Luis Domínguez hoy nuestro ministro argentino en Lima, aunque no conozca sus obras; pero búsquelas y en la *Historia Argentina*, edición de 1862, encontrará magníficos elogios de los Jesuitas tanto más dignos de ser tenidos en cuenta cuanto que no querrá el *Nacional* tachar a su autor de parcial: leerá en la página 118 que los Jesuitas con sus sudores formaron los pueblos mediterráneos; en la 131 que vinieron a América a cambiar el sistema de administración sustituyendo los medios pacíficos a la destrucción de las razas indígenas que seguían los conquistadores; que a costa de sus propias vidas traían a vida regular a los salvajes: allí verá que si las palabras Santo y Santidad son inventa-



das para significar el heroísmo y el sacrificio en aras de la humanidad, nadie merece el nombre de Santos como los Jesuitas.

Conocerá al señor don José Manuel Estrada, hoy diputado en nuestras Cámaras Provinciales: lea, pues, su interesante *Revista Argentina*, y en el número 64 del tomo XI leerá: «Cada Jesuita es un elemento de trabajo, duro como el roble en la fatiga, heroico como el soldado en el combate, modelo de abnegación, desinteresado y generoso como los héroes cristianos del gran siglo de las catacumbas y del anfiteatro. Va gozoso al martirio y va sin ambiciones al poder. Legislador, Juez y Pontífice en el Paraguay, mañana al primer signo de sus jefes, sin inquietudes por su vida ni sus honores, derramará una lágrima sobre la cabeza del moribundo, a quien entrega en manos de sus hermanos, repartirá su bendición sobre los niños que se agolpan entristecidos, y las madres que les saludan y los neófitos que se postran a su paso... Sacude el polvo de sus plantas y se va... ¿Dónde? Acaso a llenar serviles misterios en un colegio, acaso a morir asfixiado por el vampiro del Indostán; siempre pensando en Dios, siempre ardiendo en la caridad de los mártires, en el fuego purificante de su sublime vocación.»

Conocerá al distinguido diplomático señor don Andrés Lamas: recorra su erudita *Colección de obras, documentos y noticias, etc., etc., del Río de la Plata* impresa no hace aun dos años: abra sus páginas y en la LVI encontrará que el primer mapa especial de estos países, de que se tiene conocimiento, lo levantaron los Jesuitas; y lo que hace más a nuestro caso, (horrorícese el *Nacional*) oirá llamar al Padre Lozano de la Compañía de Jesús, ya en la página 1 «varón de los que raras veces produce la naturaleza para admiración de los siglos.»

Conocerá al señor doctor don Angel M. Gordillo, miembro del Tribunal de Justicia de Tucumán, quien, hace poco más de un año, publicaba allí un libro de formato regular, pero de grande ilustración: ábralo el colega, cuente, si puede, los elogios que en él se tributan a los Jesuitas desde la página 4 en que les llama «estos grandes hombres que han admirado al mundo.»

Y al leer estos juicios tan ciertos como desapasionados de ciudadanos eminentes de nuestros días, oculte el colega su rostro de vergüenza al ver en ellos una confutación espléndida de su artículo «Jesuitas», y sepa que hay hombres distinguidos en Buenos Aires que se jactan de alabar en sus obras a aquellos a quienes una sanción ya secular saluda, mal que le pese al colega, como a los héroes de la caridad y gloria inmortal de la Iglesia Católica.—(*El Católico Argentino*.—20 de febrero de 1875.)